

## EL PROBLEMA DE LA HISTORIA EN EL POSITIVISMO

Francisco Romero

Para situar debidamente y apreciar en su peculiaridad las aportaciones del Positivismo a la comprensión de la historia, es inevitable una reseña, por rápida y esquemática que sea, de las anteriores tentativas modernas encaminadas a esa misma comprensión.

El pensamiento moderno tardó en lograr conciencia de la realidad histórica. Cuando se formalizó en el siglo XVII, sus mayores realizaciones fueron los grandes sistemas metafísicos de Descartes, Hobbes, Spinoza y Leibniz. Siendo este desarrollo especulativo paralelo a la constitución de la ciencia moderna de la naturaleza, a partir de Galileo y Descartes, sintió notable predilección por los métodos matemáticos que prevalecían en ella; el deslumbramiento por el rigor y certeza de los procedimientos matemáticos es evidente en todos los grandes filósofos del siglo XVII, quienes están persuadidos de que la solidez de las construcciones metafísicas sólo podrá ser el resultado de la aplicación a ellas, en mayor o menor medida, de un régimen idéntico o semejante al de la aritmética y la geometría. La consideración filosófica de lo histórico, que es lo temporal, lo individual y lo irreplicable, debía atraer escasamente a hombres persuadidos de que la filosofía debía buscar ante todo esencias universales, certidumbres cristalinas, leyes de generalidad suma, conceptos abstractos. El *more geometrico* no fue sólo el procedimiento elegido por Spinoza para la organización de su sistema; yacía en el fondo del pensamiento de todos los pensadores representativos del siglo XVII. Y es indiscutible que nada menos adecuado que esta concepción metódica para la comprensión de lo humano en general, y muy en particular para la captación filosófica del devenir humano reflejado en la historia.

Esta situación se altera en el siglo siguiente,

el siglo de la Ilustración. La multiplicidad de los sistemas metafísicos del siglo XVII y el incremento de las corrientes empiristas desde fines de ese siglo, con Locke, y sobre todo en el XVIII, con su culminación excéptica en Hume, habían traído una desconfianza hacia las construcciones metafísicas, que había de llegar a su cima con la impugnación de la metafísica racional cumplida por Kant al final del siglo, en la *Crítica de la razón pura*. Al apartarse el interés especulativo de los intentos de aprehender la totalidad en vastas elaboraciones metafísicas, al renunciar a indagar el ser último de las cosas, la atención se vuelca sobre el sujeto que piensa esa realidad según sus propios módulos, que la valora y actúa sobre ella. A esta nueva tónica del pensamiento se ciñe la indagación de Hume, que es una filosofía del sujeto llevada adelante en sentido psicológico, empresa repetida, con alcance superior, por Kant, mediante la aplicación de un método diferente instaurado por él, el método trascendental. Las grandes filosofías del siglo XVII, las de Descartes, Hobbes, Malebranche, Spinoza y Leibniz, admitiendo la posibilidad de un conocimiento absoluto, habían pugnado por descubrir el ser último de las cosas, el fundamento de toda la realidad. Las filosofías del siglo XVIII, las de Hume y Kant, negando la posibilidad del conocimiento último de la totalidad, cambiaron la dirección del interés y concentraron sus afanes en la averiguación del hombre, del sujeto al cual la realidad es dada. Con esto se abría una perspectiva diferente, dentro de la cual todo lo humano cobraba nuevo sentido y el tema histórico adquiría una nueva dimensión.

El siglo XVIII, el siglo de la Ilustración, muestra una preocupación por lo humano desconocida hasta entonces. Se acogen con viva curiosidad los informes de los viajeros, la mirada se

\* \* \*

Así como el romanticismo fue en parte una reacción contra la ideología de la Ilustración, el positivismo se originó, por lo menos en porción considerable, en contraposición a las tendencias y doctrinas del romanticismo y del idealismo, que especialmente en su manifestación alemana habían incurrido en notorios excesos especulativos. Otro aliciente capital o motivo determinante fue el auge extraordinario de las ciencias naturales por esa época. El positivismo, dando por fracasados los esfuerzos de la meditación filosófica habitual y aun juzgando erróneos sus métodos y puntos de partida, pretendía constituir la visión total de la realidad mediante la organización de los grandes resultados de la averiguación científica. En general, proscribía la metafísica y todo conocimiento *a priori*. Dentro de las corrientes comúnmente denominadas positivistas conviene distinguir las propiamente positivistas (eliminación terminante de la metafísica y del apriorismo, adscripción al fenomenismo), de las coetáneas del materialismo científico, triunfantes sobre todo en Alemania, que llegaban a configurar una metafísica materialista por la atribución de un alcance absoluto y supremo a los grandes principios establecidos o postulados por la ciencia natural.

El positivismo, como se dijo, mantuvo su vigencia hasta los últimos decenios del siglo XIX como movimiento orgánico; pero algunos motivos del positivismo, o por lo menos muy afines a él, persistieron hasta mucho después. Ha de tenerse en cuenta que la postura o disposición de ánimo del positivismo es permanente, es una de las actitudes típicas del espíritu humano, o, como se repite desde Dilthey, una de las grandes concepciones del mundo. Dilthey ha establecido con notable perspicacia que hay tres grandes concepciones filosóficas de la realidad: la del positivismo-materialismo, que advierte la realidad como conjunto de cosas; la del idealismo objetivo, que concibe las cosas como expresiones o manifestaciones de una fundamental realidad oculta que en ellas se exterioriza, y la del idealismo de la libertad, que repara sobre todo en el propio yo, en las fuerzas morales y en el anhelo de libertad espiritual, concibiendo el mundo material como el escenario en el cual funcionan esas fuerzas y se cumple ese anhelo. La concepción positivista-materialista se mantiene como positivista en cuanto se atiene al fenomenismo, a una interpretación relativista del conocimiento en

cuanto fundado en sensaciones determinadas por la índole de nuestro aparato cognoscitivo, y se define como materialista cuando se atribuye sentido absoluto a las conclusiones extraídas de nuestro saber de la realidad corporal o física. Esta conexión del positivismo con el materialismo, fundada por Dilthey en que ambos parten de un mismo tipo de experiencia, de la experiencia corporal o física, de percibir la realidad como conjunto de cosas, aclara por qué en el período de vigencia del positivismo se dio la coexistencia del positivismo propiamente dicho, antiapriorístico, fenomenista y antimetafísico, con un materialismo que no era sino la promoción metafísica de los resultados de las ciencias naturales, y en particular de la física.

El positivismo, según se advirtió, aspiraba a elaborar una visión filosófica y completa de la realidad utilizando los resultados mayores de las ciencias naturales; quería, pues, universalizar y sistematizar la experiencia científica. Esto lo separa del empirismo, con el cual tiene notable analogía; porque el empirismo moderno en sus representantes por excelencia, un Locke, un Hume, realizaba su investigación en el sujeto, en el hombre, en primer término sobre sus facultades cognoscitivas y a continuación sobre las demás, mientras que el positivismo prefería investigar los resultados concretos de la actividad cognoscitiva humana, esto es, para la científica, no la fuente subjetiva del conocimiento, sino la masa de ese conocimiento ya objetivado, concretado en las diferentes disciplinas científicas. Por tal motivo, aunque la posición de un Locke o un Hume sea muy parecida a la del positivismo, las verdaderas raíces de éste no están en ellos, sino en quienes, como D'Alembert, meditan teniendo presentes las conquistas científicas, el saber logrado y acumulado, dispuesto objetivamente en las distintas ramas de las ciencias.

El positivismo se manifestó con fuerza creadora sobre todo en Francia, Inglaterra y Alemania. Pero fue un momento de la mente occidental, extendido por casi todos los países cultos; sus repercusiones en Iberoamérica fueron considerables, y en nuestro país encontró adherentes de mérito y dejó huella en muchos apartados de la actividad intelectual y social. Asumió contornos diferentes según las condiciones y situación de cada zona cultural. En Francia, tuvo su expresión más notable en la empresa de Comte de erigir un sistema enciclopédico de base científica, en el cual la sección más original y detallada era la corres-

pondiente a la sociología, fundamento de la posterior sistematización de una política positiva o científica; algunos años después, en 1856, Taine apuntaló enérgicamente los puntos de vista positivistas en un libro de combate contra la filosofía del eclecticismo, dominante hasta entonces. La polémica contra lo anterior no fue tan agria en Inglaterra, donde la tradición intelectual más arraigada era la del empirismo, y el positivismo no la contradecía en lo esencial. Por otra parte, la propensión psicologista del pensamiento inglés halló cómodo albergue en la nueva doctrina; precisamente, Spencer organizó sus ideas al ocuparse en la elaboración de su primera *Psicología*, publicada siete años antes de la aparición del volumen inicial de su sistema, y una de las obras capitales del positivismo británico, la *Lógica* (1843) de John Stuart Mill, está toda saturada de psicologismo. Las nuevas corrientes adquirieron en Alemania un sentido de resuelta oposición a las tesis del idealismo, imperantes hasta ese momento en la filosofía y aun en toda la vida espiritual germánicas; acaso por la misma exageración habitual en esas actitudes idealistas, y también por cierto extremismo de la mentalidad alemana, las nuevas posturas no se contentaron con promulgar contra ellas un positivismo más o menos templado, sino que llegaron al otro polo y se formalizaron en los términos de un materialismo científicista, que sólo tiempo después cedió el sitio, con Avenarius, Mach y otros, a un positivismo propiamente dicho, preocupado principalmente en la dilucidación de los problemas del conocimiento.

\* \* \*

Todas estas consideraciones me han parecido convenientes para entender en su calidad y su sentido las aportaciones teóricas del positivismo al problema de la historia. Veamos ahora con qué materiales y desde qué puntos de vista emprende el examen de la cuestión.

En un sentido muy general, el positivismo, por su predilección por los planteos científicos, se esfuerza en imponer al conocimiento de toda la realidad un régimen causalista. Hasta el advenimiento del positivismo y del científicismo materialista coetáneo, y aun en su primera etapa, existía una grave dificultad para la generalización de tal régimen: el finalismo evidente de los hechos biológicos. A poco andar, en 1859, con la aparición del *Origen de las especies*, de Darwin, esa

dificultad parece eliminada; desde el punto de vista de la historia de las ideas, la principal aportación del transformismo darwiniano consiste en haber proporcionado una explicación, plausible si no concluyente, del finalismo biológico, una justificación de ese finalismo por impulsos causales, con lo cual el régimen científico causalista alcanzaba la máxima generalidad y la finalidad como tal quedaba eliminada. Con la supresión de la finalidad así obtenida, y el reemplazo de las motivaciones ideales propias del idealismo, por las motivaciones concretas o de hecho preferidas por el positivismo, están dados los elementos primordiales de las interpretaciones históricas positivistas. El transformismo de Darwin, con su resonante éxito, invitaba a un replanteo estrictamente biológico de todo lo atinente al hombre: valores, cultura, historia. La idea de evolución había ganado prestigio desde el romanticismo y el idealismo; ahora se connaturalizaba en el positivismo, tanto por la interpretación ceñidamente biológica del transformismo, como, por otro lado, con la trasposición mecánica del desenvolvimiento idealístico, teorizada por Spencer y difundida, a partir de 1862, en los muchos volúmenes de su famoso *Sistema de filosofía sintética*. El positivismo contaba así con dos esquema evolucionistas, en cuya disparidad y aun incompatibilidad se reparaba escasamente, por lo mismo que proporcionaban claves de explicación de un tipo que gozaba de singular prestigio, y que entraban dentro del marco común de las exigencias de la época. Nótese que la teorización de Comte no dispuso de esta pieza fundamental y hubo de contentarse con reiterar, en la ley de los tres estadios, la concepción del progreso humano que había formulado el siglo XVIII.

En suma, los principales factores puestos en juego por el positivismo para la comprensión del devenir histórico, son: el evolucionismo, concebido como evolucionismo cósmico y mecánico, y como transformismo biológico producido por la supervivencia de los más aptos en la lucha por la vida, según las versiones, respectivamente, de Spencer y Darwin; la interpretación causalista, contra el finalismo profesado por el romanticismo y el idealismo; y la explicación por motivos concretos o de hecho, contra las motivaciones ideales o espirituales preferidas en la etapa precedente.

Antes de pasar a una enumeración más en detalle de los elementos configuradores de la teoría histórica del positivismo, corresponde obser-

var lo siguiente. Aun cuando la Ilustración, y más de propósito y con mayor hondura el romanticismo y el idealismo de comienzos del siglo XIX, proyectaron su atención sobre el panorama de lo humano y descubrieron en cierto modo y exploraron el universo histórico, avanzaron poco en una comprensión del conjunto de las disciplinas correspondientes, de su cuadro sistemático y de sus métodos; esto es, del complejo científico que hoy se denomina ciencias del espíritu o ciencias de la cultura, dentro del cual tiene su sitio la historia. Es mérito del positivismo haberse propuesto por primera vez, sin duda en forma precaria y poco satisfactoria como es natural en toda iniciación, esta cuestión general que tanto preocupa al pensamiento de nuestros días, y cuyo alcance es nada menos que la organización del saber concerniente a una de las mitades de la realidad. El positivismo, como es sabido, crea la sociología con dos grandes realizaciones que han quedado clásicas, la de Comte y la de Spencer, ambas de plan naturalista, es decir, concebidas con referencia a los supuestos y métodos de las ciencias naturales. Sociológicamente, estas construcciones son en un sentido demasiado cortas y en otro demasiado largas —sobre todo la de Spencer— porque si, por un lado, el tema propiamente sociológico, los fenómenos de la interacción humana, es examinado muy a la ligera, por otro se estudian asuntos más pertinentes a una teoría general de la cultura que a la sociología propiamente dicha. Pero con ello estaban echadas las bases rudimentarias de la teoría de la cultura, y además, se comenzó la investigación de los métodos especiales, no ya de la mera sociología, sino de todo el conjunto de las ciencias del espíritu o de la cultura, comprendida la historia; esta averiguación metodológica, en la cual son singularmente importantes los planteos de Comte y de John Stuart Mill, es el origen de la larga serie de investigaciones sobre la índole y procedimientos del saber en todo ese grupo de disciplinas, indagaciones proseguidas a continuación, con originalidad y brillo, por Windelband, Rickert, Dilthey, Becker y tantos otros. Con todo, el centro del interés lo constituía la sociología, y dentro de ella, como resortes de la dinámica social, han de buscarse algunas de las ideas más considerables del positivismo sobre el acaecer histórico. En general, estas ideas rara vez fueron expuestas en cuerpos doctrinales *ad-hoc*, lo que no obsta a que compongan un todo de sentido afín, aunque de suma variedad dentro de los supuestos comunes

enunciados anteriormente. Sin emitir un juicio de conjunto sobre la filosofía de la historia del positivismo, debe destacarse que manejó en su taller casi todas —acaso todas— las motivaciones concretas o de hecho, y trató de sacar partido de ellas. Desde este punto de vista, fue un interesante experimento y cumplió una de las obligaciones de la filosofía, es decir, el reconocimiento crítico de todas las posibilidades intelectuales, faena indispensable para cualquier avance, porque un tema importante, cierto o erróneo, si ha sido pasado por alto, fatalmente exigirá alguna vez, tarde o temprano, que se lo examine y discuta.

El transformismo darwiniano, expuesto en el *Origen de las especies*, se constituyó a partir de su aparición en una de las fuerzas operantes del positivismo e influyó poderosamente en su perduración; la tardía teoría del conocimiento positivista, que sobrevivió a casi todas las ramas de la doctrina, se apoyó fundamentalmente en él. Aunque ese transformismo no fue la única motivación de raíz biológica, contribuyó al clima general y a la autoridad de todas las otras del mismo cariz. Por la importancia de esta temática, resulta justificado, en mi opinión, dividir en dos secciones el elenco de los temas historiológicos del positivismo, y reunir en la una los temas no biológicos y en la otra los biológicos.

Entre los temas no biológicos está el evolucionismo spenceriano. Este evolucionismo es cósmico, procura explicar toda la realidad mediante una ley universal que reza así: "La evolución es una integración de materia, acompañada de una dispersión de movimiento, durante la cual la materia pasa de una homogeneidad indeterminada e incoherente a una heterogeneidad determinada y coherente, y durante la cual el movimiento retenido sufre una transformación paralela". *Los primeros principios*, exposición de las bases del sistema, aparecieron en 1862; el primer volumen de los *Principios de sociología* lo editó Spencer en 1877. La extensa parte sociológica debía comprender estudios que no llegó a publicar y que confirman lo dicho tocante a su tendencia a concebir la sociología como una doctrina de la cultura. Por el carácter predominantemente dinámico de la teoría hay derecho a contarla entre las filosofías de la historia, y en esta dirección, por su influjo y aplicaciones, no fue escasa su repercusión. En el planteo de Spencer son discernibles dos influencias: la de la teoría de la nebulosa de Kant y Laplace, y algunos atisbos de la filosofía romántica

de Schelling, que parecen haber llegado hasta él por la mediación del gran poeta filósofo inglés Coleridge. Otro evolucionismo es el del materialismo histórico, procedente de Hegel. La escuela hegeliana se había escindido en un centro, una derecha y una izquierda, y ésta asumió una postura concordante con la del positivismo o cercana a ella. Entre sus hombres más representativos se cuentan Marx, Strauss y Feuerbach. Strauss redactó una especie de cuadro sintético de la concepción positivista del mundo, que aun ahora reviste interés; Feuerbach trabajó en filosofía de la religión y dejó sugestivos materiales sobre el ser del hombre, anticipadores de algunas de las tesis más consistentes de la antropología filosófica actual; y Marx, en su vasta construcción sociológica, ofreció puntos de vista sobre el devenir histórico, que serán analizados en este ciclo por el Profesor Mondolfo. Una escueta interpretación de la evolución histórica puede ser considerada la ley de los tres estadios, de Comte, repetición, según se dijo, de las ideas del siglo XVIII sobre el progreso. Con esto tenemos tres motivaciones históricas del positivismo, de tipo evolucionista.

El otro apartado importante de las determinaciones no biológicas, o no exclusivamente biológicas, es el de las doctrinas que destacan la influencia del medio; tuvieron también gran predicamento en la época. Tomaré dos como ejemplos. Una es la del inglés Buckle, autor de una *Historia de la civilización en Inglaterra* (1857-61) proyectada en muchos volúmenes, de los que sólo llegaron a salir dos. "La importancia histórica de Buckle —dice el gran historiador de la historiografía moderna Fueter— consiste sobre todo en que forzó a los historiadores a tomar en cuenta las doctrinas de Comte. No se contentó con asignar a la historia un lugar en un sistema sociológico, sino que realizó una crítica abierta de la historiografía anterior... ¿por qué no se reformaría la historia como las ciencias naturales? ¿Acaso la estadística no muestra que ciertos incidentes de la existencia moral de los pueblos se repetían tan singularmente como muchos de los fenómenos de la naturaleza inanimada? ¿Por qué razón no se podrían formular leyes?" El progreso humano es para él, como para Comte, ante todo progreso intelectual. Los agentes físicos que ejercen más eficaz influjo sobre la especie humana se pueden agrupar en cuatro clases: el clima, la alimentación, el suelo y el aspecto general de la naturaleza, entendiendo bajo esta última denominación aquellos elementos

"que, aunque afectando principalmente la vista, por intermedio también de alguno de los otros sentidos dirigen la asociación de las ideas y dan lugar así en los distintos países a diferentes hábitos de pensamiento nacional". En Taine alcanzó la doctrina del medio una de sus formulaciones clásicas y más difundidas; su exposición más cumplida se halla en el famoso prólogo a su *Historia de la literatura inglesa*. Según él, el medio —como medio físico y social— funciona obrando sobre la estructura racial, y a uno y otra se superpone el momento histórico, que en cuanto comporta los resultados ya obtenidos, en cuanto acumulación histórica, se agrega al elemento interno (la raza) y al elemento externo (el medio), y les imprime su sello. "Aquí como en todas partes —advierte Taine, con palabras en las que resuena el espíritu de la época— no hay sino un problema de mecánica: el efecto total es un compuesto determinado exclusivamente por la magnitud y la dirección de las fuerzas que lo producen. La única diferencia que separa estos problemas morales de los problemas físicos es que las direcciones y magnitudes no se dejan evaluar ni precisar en los primeros como en los segundos". El naturalismo histórico se agudiza así hasta convertirse en un fiscalismo extremo; los problemas históricos y sociales son concebidos como problemas geométricos. Dados los componentes, el resultado debe fluir con necesidad matemática. Gustaba Taine de tratar la historia, no *ad narrandum*, sino *ad demonstrandum*, como una serie de teoremas. Al plantearse cada cuestión, parecía decir; estos son los axiomas y los datos del problema; voy a demostrar que... A este tipo de consideración lo predisponía su postura filosófica, pero también la índole de su inteligencia, su manera de razonar, enérgica, rígida y estricta.

Las motivaciones de orden biológico deben separarse en dos grupos: las directa y efectivamente biológicas, y las que podrían calificarse de biológicas por transposición o metáfora, esto es, por la figuración de un esquema o modelo biológico en procesos que en ellos mismos no son biológicos. Son directamente biológicas las interpretaciones de la historia por la lucha por la vida y la selección natural, por la raza, por la sexualidad, por el hambre... Son interpretaciones biológicas en sentido metafórico o figurado las que aplican para la comprensión histórica esquemas como el de organismo y el de la sucesión de las edades del hombre.

El transformismo darwiniano ejerció notable influencia en las ciencias de la cultura y en las interpretaciones históricas. Aunque en el *Origen de las especies* (1859) no se afrontaba explícitamente el problema del hombre, nadie dejó de advertir que, de hecho, estaba alcanzado por sus planteos, y esto se tuvo muy especialmente en cuenta en las polémicas a que dio lugar el libro. Las aplicaciones de la teoría a la cultura humana comenzaron bien pronto; por ejemplo, ya en 1868 apareció una a la ciencia del lenguaje, tres años antes de que el mismo Darwin tomara en consideración lo concerniente a lo humano en el *Origen del hombre*, publicado en 1871, donde agregaba el tema de la selección sexual. Aunque la influencia del darwinismo sobre lo social y lo histórico se ejerció sobre todo por otros autores, discípulos que intentaron extraer todas las consecuencias de la doctrina, el mismo Darwin consignó observaciones amplias sobre el desarrollo intelectual y espiritual en el capítulo IV, y especialmente en el V, donde habla, entre otros puntos, de la aplicación de sus ideas a lo social y lo histórico; uno de los apartados de ese capítulo se titula "Acción de la selección natural sobre las naciones civilizadas", y viene a ser un esbozo de filosofía de la historia, incluso con reflexiones sobre la decadencia de España. Recuerdo de paso que también en la antes citada *Historia de la civilización en Inglaterra*, de Buckle, hay unas consideraciones sobre la historia intelectual de España y su decadencia, tan extensas que fueron publicadas por una editorial española como libro aparte en los primeros años de nuestro siglo. Como signo de la popularización del darwinismo, como clave para la vida social, baste señalar el prestigio de la expresión "lucha por la vida", que llegó a sonar como verdad de sentido común. El más difundido discípulo de Darwin, Haeckel, elevó la doctrina a concepción general del mundo, con aplicaciones a toda la vida espiritual e histórica del hombre.

El darwinismo así vulgarizado y extendido a lo social-histórico tuvo perjudiciales consecuencias, de las que no es lícito responsabilizar a Darwin: con el principio de la lucha por la vida se llegó a justificar muchas cosas moralmente injustificables. Peores fueron las consecuencias de otra de las concepciones biológicas del positivismo, la racista. El motivo de la raza o de la sangre, muy antiguo, y que entró sin inconveniente en interpretaciones como la de Taine, adquirió destaque en una línea de autores que con sus tesis de la superioridad e

inferioridad raciales y el fanatismo de la pureza de la sangre, inspiraron los movimientos políticos que tanta sangre habían de derramar después. El racismo tuvo sus más conocidos iniciadores, aunque de ninguna manera los únicos, en dos franceses, el conde Gobineau (*Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, 1853-55) nacido en 1816, diplomático y orientalista, y el antropólogo Vacher de Lapouge, cuyas obras *Las selecciones sociales*, *El ario*, y *Raza y medio social*, aparecen desde 1896 a 1909. Pero la mayor difusión del racismo positivista se debió a Houston Stewart Chamberlain, inglés con residencia en Viena y Munich, que a fines del siglo publicó en alemán su voluminoso libro *Las bases del siglo XIX*. Chamberlain muestra simpatía por Darwin y declara que sus tesis "pertenecen por completo al círculo de ideas que forman el campo y la atmósfera de las ciencias naturales", y con ello quiere significar el alto tono científico de su investigación. Con un germanismo exasperado, ve el nudo de la historia europea, la demarcación entre las fuerzas del pasado y las que preparan el porvenir, en el despertar de los pueblos germánicos, al asumir éstos el papel que les estaba reservado en la escena mundial como fundadores de una cultura y una civilización completamente nuevas, acontecimiento ocurrido hacia el año 1200. El purismo racista de Chamberlain le dictó uno de los más despectivos juicios que se hayan formulado sobre los países de Iberoamérica; según él, somos inferiores a los llamados salvajes del centro de Australia. La continuación de este racismo, abundante en teorizadores, no sólo es de la incumbencia de la historia intelectual, sino también de la historia política, y también, por desgracia, de la historia del delito.

Aunque temporalmente no entran en el lapso positivista, responden igualmente a motivaciones biológicas como las imperantes durante el positivismo las interpretaciones de fundamentales aspectos humanos por la sexualidad, como en Freud, y también, con muy diferente entonación, en Ernst Bergmann. Este último distingue entre el espíritu femenino o maternal, y el masculino, o espíritu de búsqueda y de conocimiento, y ve en toda la historia humana una larga decadencia motivada por el triunfo, ocurrido en los orígenes históricos, de la masculinidad sobre la feminidad, verdadera rebelión de los varones que priva a la sociedad de los fundamentos y la dirección que le son connaturales. La construcción de Bergmann es

una verdadera filosofía de la historia. Debe tenerse en cuenta también que lo es, directa o indirectamente, toda amplia concepción de lo humano, porque de lo que se piense sobre el hombre depende mucho lo que se opine sobre su empresa colectiva a lo largo de los siglos, que es el devenir histórico. Otra motivación biológica, injustamente olvidada, también posterior a la etapa positivista, es la hipótesis del español Turró sobre la ingerencia de la sensación del hambre en los orígenes del desarrollo de la inteligencia.

De los esquemas biológicos de tipo metafórico o traslaticio, elegiré para decir dos palabras sobre ellos los de utilización más corriente, el de las edades y el de organismo.

El tema de las edades es una de esas "verdades de sentido común" que circulan sin ser sometidas a revisión crítica. Corrientemente se habla de pueblos jóvenes y de pueblos viejos, de naciones adolescentes y de naciones seniles, porque el ejemplo de la existencia humana individual parece autorizar el traslado de esas etapas al curso de la existencia. La licitud de esa trasposición es discutible; en todo caso, debe ser justificada críticamente. La aplicación a la historia del ciclo o gradación de las edades fue realizada en gran escala por el norteamericano Draper en su libro sobre el *Desarrollo intelectual de Europa*, de 1862, que el autor presentaba —y ello lo define— como continuación y complemento de su tratado de *Fisiología humana*, señalando de este modo la continuidad entre la doctrina fisiológica del hombre y la de sus comportamientos sociales e históricos. El autor se envanecía de haber sido el primero en concordar los documentos de la historia de la cultura europea con los principios

fisiológicos, y tras distinguir entre lo que denominaba despreciativamente el método literario y el método científico, resumía su propósito en estas palabras: "El progreso social está regido por las leyes naturales en modo tan absoluto como el desarrollo corporal. La vida del individuo reproduce en pequeño la vida de la nación. La demostración de estas proposiciones constituye el objeto de esta obra. Estudia primero la evolución de la cultura griega, como la del miembro de la familia europea de más cumplido desarrollo, y después la del resto de Europa". "Por ser el progreso intelectual de Grecia análogo al de Europa —dice—, y siendo a su vez aquél semejante al de un individuo, para facilitar nuestras indagaciones podemos dividirlo en fases arbitrarias y distintas, por más que en realidad se pierdan insensiblemente las unas en las otras. A estas fases o períodos sucesivos denominaremos: 1o, edad de credulidad; 2o., edad de examen; 3o., edad de fe; 4o., edad de razón, y 5o., edad de decrepitud".

El empleo del esquema de organismo ha sido más vasto; viene de muy antiguo, se prolonga en nuestros días y reviste formas muy variadas, unas sumamente literales e ingenuas y otras más cuidadosas y críticas. El examen de este tema llevaría mucho tiempo y obligaría a hacer incursiones por muchos ángulos del territorio filosófico. La filosofía del Renacimiento tuvo en mucha estima la intuición organicista. El positivismo la aprovechó de distintos modos. Spencer dedicó un interesante ensayo a estudiar las correspondencias y discrepancias entre el organismo biológico y la sociedad; su individualismo lo apartó de incurrir en una total asimilación, que no ha sido infrecuente después.